

Con la mira puesta hacia una elusiva definición de la dominicanidad

Veinte años después, ya puedo considerarme a salvo de cualquier rabieta de Nandy. Confieso mi soberana torpeza por el cambio de nombres en el pie de foto donde Doi Gautier aparece como ganador de la casa que él, como representante del Instituto Nacional de la Vivienda, debió entregarle al primer ganador de la campaña de la Lotería Nacional. La sangre no llegó al río. Había que estar en el globo y dejar que el tiempo continuara su agitado curso para, años más tarde, encontrarme de nuevo en el periódico con una foto parecida –esta vez no había ningún cambio de nombre en el pie de foto-. Mientras los poetas y teóricos de la literatura dominicana, desencantados de las tesis de servir al partido para servir al pueblo y las monsergas del compromiso, se halaban las greñas por los reducidos reductos de los suplementos y revistas, un señor entrado en canas y con muchas ganas de ponerle número a la casa se colaba por la puerta del patio con una tetralogía que acababa de alzarse con el más importante galardón de las letras de la mediaisla.

Con Tiempo para héroes (Premio de Novela Manuel de Jesús Galván 1994) –conformada por las novelas El atrevimiento, Pormenores del exilio, La convergencia y Monte adentro-, entraba al ruedo de los noventas un escritor que, aunque no estuviera al tanto de las discusiones sobre Meschonic, la Kristeva, los filmlets, la concienciación o las modernas teorías del poema o del pensar, contaba con las lecturas, el coraje y la disciplina suficientes para nadar en las congestionadas aguas del parnaso dominicano. En febrero del 95, siendo yo encargado de la sección de libros de la revista Arquitexto, me encontré ante el dilema de enfrentarme a las casi 450 cincuenta páginas del segundo título del arquitecto Manuel Salvador Gautier o hacerme el despistado y reseñar cualquier autor de cartel o poemario de turno. Recordé el episodio del pie de foto de la Lotería, me encomendé al espíritu de mis antepasados, y me interné en las páginas de una novela que, aunque voluminosa y lineal, me ofreció la agradable lectura de una historia en la que sin darme cuenta también yo desempeñaba un importante papel.

Después de Toda la vida (Premio de Novela Manuel de Jesús Galván 1995), apoyándose en la correspondencia y papeles personales de la familia Henríquez Ureña, nos trajo Serenata (1997). Novela en la que, aunque viaja más atrás en el pasado dominicano, además de ofrecernos una nueva perspectiva del ambiente donde nace y se forja el gran humanista Pedro Henríquez Ureña, el autor da un salto significativo al intervenir la historia para contarnos –a su manera- su propia historia. En el 2001, Manuel Salvador Gautier –Doi- con su novela Balance de tres (2002), viajando a la época oscura de la primera intervención militar norteamericana a la parte occidental de la isla de la Hispaniola, obtiene el Premio de Novela de la Universidad Central del Este. Complacido con su lectura, creo justo que, tanto él como el dueño de la agencia de publicidad donde trabajaba para la época, se enteren del mal rato que les hice pasar con la foto en el anuncio, a la vez que aprovecho para hacerle algunas preguntas a Doi sobre su obra y, también, un poco, sobre el rumbo actual de la novelística dominicana.

–¿Del sombrero de qué mago o prestidigitador de ferias, aparece sin fanfarria ni mucho boato, en la escena literaria dominicana de los 90, Manuel Salvador Gautier con un ambicioso proyecto novelístico que lo coloca de inmediato a las puertas del premio de Novela de la Secretaría de Educación, ese mismo año?

–Manuel Salvador Gautier estaba tranquilo en su casa, deseoso de escribir algún día una novela (siempre su obsesión fue escribir novelas), aunque fuera tan sólo para su propia satisfacción. Después de varios intentos en distintos momentos de su vida, en 1986 comenzó una trilogía sobre la frustración del pueblo dominicano en lograr su desarrollo por la imposición de fuerzas extranjeras que lo dominaban (primer episodio: la conquista española del siglo XV; segundo episodio: la dictadura

de Trujillo de 1930 a 1961; tercer episodio: la liberación final cuando una guerra atómica del futuro lo único que dejó habitable sobre la tierra fue la isla de Santo Domingo). Este proyecto se convirtió en la tetralogía Tiempo para héroes, sobre el frustrado intento de los héroes de la expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo en 1959, de deponer la dictadura de Rafael Trujillo. Esta tetralogía, publicada en 1993, ganó el premio de Novela de la Secretaría de Educación en 1994.

–¿Dónde termina el arquitecto y comienza el novelista? ¿Se nutre uno del otro?

–Yo me he convencido de que no hay diferencia entre el arquitecto y el novelista. La base fundamental de las dos disciplinas es la creatividad. Definitivamente tengo una gran sensibilidad para imaginar lo que existe en un mundo de ideas, no necesariamente platónicas. De allí tomo, en la medida de lo que produzco: espacios y estructuras para la arquitectura, narraciones e imágenes para la literatura. Estoy consciente, sin embargo, de que mi entrenamiento como arquitecto me ha llevado a producir una literatura muy coherente, muy técnica, que solamente ha comenzado a tomar vuelos metafóricos después de mis contactos con las orientaciones interioristas de Bruno Rosario Candelier, que dirige el Ateneo Insular, y con el estudio de la producción de los poetas y pensadores de ese movimiento.

–¿Por qué tu obsesión con los temas históricos?

–Por una parte, pienso que soy un político frustrado. Como en muchas de las novelas históricas escritas por los narradores latinoamericanos, he escogido episodios históricos a través de los cuales yo puedo hacer una denuncia de lo que sucede en nuestros países, contraponiéndolo con los ideales de los que trataron de imponer lo que debió suceder para que fuéramos países libres y desarrollados. Por otra parte, creo que soy un lector ambicioso que, durante los años en que me preparé para escribir mis novelas (cincuenta y seis años tenía cuando comencé), me deleitaba leyendo novelas históricas, y que dio el paso de lector a escritor con una naturalidad espantosa.

–En principio, los temas de tus novelas como Toda la vida, se centraron en la historia reciente de la isla, ¿qué te hizo ir más atrás en las dos más recientes?

–Hay tantas reiteraciones en nuestra historia de los últimos doscientos años, que escribir sobre un episodio cualquiera que ocurriera durante este tiempo es escribir sobre lo mismo: es decir, sobre las frustraciones del pueblo dominicano y la necesidad de buscar una salida a su desarrollo. Sin embargo, hay una diferencia entre mis primeras dos obras publicadas y las últimas dos. En las primeras hago más énfasis en los episodios mismos de la historia, los cuales moldean las iniciativas y las decisiones de los personajes; en las segundas, el énfasis lo pongo en las iniciativas y decisiones de los personajes, los cuales moldean la historia y la idiosincrasia del pueblo dominicano. Es una diferencia muy importante que demuestra una mayor sensibilidad de mi parte hacia lo que somos, hacia esa elusiva definición de la dominicanidad que tanto buscamos.

–¿Por qué Balance de tres?

–¿Por qué el balance entre tres personajes o por qué me aparezco con esta novela en este inicio del siglo XXI? Pregunta ambigua y muy pertinente. Trataré de responder al contenido de las dos acepciones. La primera: La palabra “balance” tiene dos significados: resultado o equilibrio; ambos, muy diferentes uno de otro; ambos, aplicables a la obra. Pienso que para lograr el desarrollo de un pueblo, es necesario que haya personas creativas que tengan ideas que beneficien al país, activistas

que impulsen estas ideas, y gente receptora que se beneficie de éstas; entiendo que debe haber un equilibrio entre estas fuerzas para obtener un resultado adecuado. En Balance de tres, Teonil es el personaje creativo, Nilo el activista y Herminio el receptor. El desbalance entre estos tres personajes lleva a la decepción trágica del final. La segunda acepción: Los dominicanos todavía no entendemos que somos nosotros quienes debemos ser creativos y activistas para lograr lo que queremos, y que tenemos que deponer la idea de que nuestra dicha la obtendremos de nuestra dependencia. Su señalamiento es muy actual.

—¿Qué diablo es un gavillero? ¿Algo así como un talibán de ahora?

—A finales del siglo XIX el país estaba tan desarticulado que cualquier hombre con iniciativa guerrillera podía formar una banda, recorrer los campos y asediar los pueblos para conseguir prebendas por la fuerza. Tan pronto los norteamericanos comenzaron su ocupación a principios del siglo XX, se inició un enfrentamiento para el aniquilamiento total de estas bandas, que fueron exterminadas una a una. Sin embargo, el atropello que cometieron los invasores contra los campesinos en las zonas cañeras hizo que muchos de ellos se alzaran en pequeños grupos que fueron llamados “gavilleros”, o sea, hombres agrupados como gavillas. Estos grupos llegaron a fortalecerse y a crear verdaderos desajustes en el proyecto de ocupación norteamericano. El talibán de ahora, es otra cosa. No creo que un gavillero podría aparecer en un anuncio de ron o en un merengue tecno, aunque dada la imaginación de nuestros publicistas y la capacidad de nuestros compositores, ¡nadie sabe!

—¿Cuándo intervienes en un espacio histórico determinado para hacer ficción sobre él, sientes como si estuvieras haciendo una intervención arquitectónica en el espacio urbano?

—No pienso en arquitectura, pero estoy entrenado de tal manera para intervenir el espacio que mis personajes se mueven con una facilidad extraordinaria dentro de los espacios que les creo, de tal manera, que se hace notorio. Ha habido escritores dominicanos que me han pedido la fórmula para lograrlo. No hay fórmula, sólo sensibilidad.

—¿Sientes que hay un gran distanciamiento, en lo formal y en lo conceptual, entre tus novelas más recientes (Serenata y Balance de tres) y las primeras que publicaste?

—En lo formal, definitivamente. Cuando comencé a escribir en 1986, el modelo que tenía era el de la novela decimonónica con un narrador omnisciente que contaba una historia en secuencia de tiempo y espacio. Fueron de las primeras críticas que recibí cuando Tiempo para héroes se hizo pública y fue laureada; ésta, y la crítica al hecho de que me detenía demasiado en contar detalles históricos. En Toda la vida, traté de superar las dos críticas. Rompí con la continuidad del tiempo y del espacio, aunque no totalmente; la discontinuidad del tiempo y del espacio que propuse era relativa, ya que un episodio seguía al otro en el tiempo histórico; no así en el tiempo de los personajes. En esta obra evité también describir con demasiados detalles los hechos históricos, aunque en algunos, como en el episodio de la Guerra de Abril, fue imposible no hacerlo. En Serenata y Balance de tres, todo esto cambia. Uso con gran seguridad muchas de las técnicas desarrolladas durante el siglo XX por los grandes narradores europeos, norteamericanos y latinoamericanos. En las dos obras, no menciono el lugar donde se desarrolla ésta, es tan sólo una isla antillana; como propone Kundera, la historia sirve de fondo a emociones encontradas entre los personajes, y a veces la invento; no hay narrador omnisciente, uso varios narradores en primera, segunda y tercera persona.

En Serenata, la técnica de interrumpir la parte narrativa con las interiorizaciones (que llamo “fabulaciones”) no la copié de nadie, me la inventé. Si alguien lo ha hecho también, coincidimos. El énfasis en usar técnicas actuales fue una decisión que tomé, para que, por lo menos por ese lado, mis obras no fueran criticadas en lo adelante, si acaso, alabadas. En cuanto a lo conceptual, mantengo el tema del subdesarrollo dependiente, pero hay cambios que ya señalé anteriormente.

—¿Qué sientes que le falta a la literatura que se hace en la isla para cruzar del otro lado del mar?

—Como somos una isla, hay muchos lados del mar hacia donde cruzar: Latinoamérica, Norteamérica, España y, con traducciones, a los países europeos, quizás llegando hasta Japón y China. ¿Qué nos falta? Muchas cosas: una política de Estado que se proponga divulgar la literatura dominicana; autores dominicanos que reconozcan la identidad de su pueblo, sin cebarse en lo folklórico y obvio, para hacer una obra local con características universales; aceptación de los lectores dominicanos de que sus autores son tan “genios” como los extranjeros; apreciación de los medios editoriales internacionales de que lo dominicano “vende”.

—¿Crees que en la isla hay capillas o centros de poder capaces de encender o apagar de un plumazo la estrella de un escritor que quiera brillar con su propia luz?

—Creo que hay promotores culturales como José Rafael Lantigua, con su sección “Biblioteca”, en el Listín Diario, que pueden promover o no dar a conocer la obra de un autor, dependiendo de sus convicciones o emociones. Sin embargo, el ámbito cultural dominicano es tan frágil y hay tanta competencia entre sus integrantes, y el mercado dominicano es tan indiferente, que cualquier esfuerzo en pro o en contra se vuelve efímero. Pasa lo contrario con una casa editora como Alfaguara; sólo su prestigio internacional llama la atención a los lectores dominicanos. El hecho de que un autor dominicano sea publicado por ésta es ya una consagración.

—Eres miembro del Ateneo Insular, podrías hablarme un poco sobre la filosofía que los une? ¿La suscribes cien por cien? ¿Podría decirse de algún legado trascendente?

—El Ateneo Insular es una agrupación de escritores que sigue los lineamientos del Movimiento Interiorista, creado por Bruno Rosario Candelier y otros intelectuales a finales de los 80. El Interiorismo trata de replantear la problemática literaria desde el interior de las cosas, buscando la trascendencia de éstas desde dentro del individuo y evidenciándola en la obra literaria. He leído varios de los trabajos realizados por el grupo sobre el Interiorismo y me encuentro ante un dilema: Parece que el Interiorismo funciona muy bien en la poesía pero no tanto en la narrativa. Lo primero me consta, puesto que los poetas interioristas realizan obras muy bien logradas, estética y conceptualmente; sólo hay que tomar un poema de cualquiera de los autores del movimiento para uno darse cuenta. Rosario, al presentar Balance de tres en Santiago, en diciembre pasado, resolvió el dilema en parte aduciendo que yo entro en todos y cada uno de mis personajes para desde dentro de ellos hacer la propuesta narrativa. Bien. No importa. No creo que un movimiento poético o narrativo tenga mayores méritos que el otro (los otros movimientos poéticos dominicanos son el contextualismo y la metapoesía); esto sólo ocurre si tratas de aferrarte a ellos como si fuera lo único que te salvaría de naufragar en el mar. No. A mí el interiorismo me ha servido como guía e inspiración en la meta que me he puesto de superarme como narrador. Ello me ha llevado a preparar ensayos sobre distintos autores internacionales y nacionales, clásicos y actuales: Homero, San Agustín, Vargas Llosa, en fin (uno de éstos fue el ensayo sobre Víctor Hugo que ganó el premio de la

Embajada Francesa, el año pasado). Creo que mi obra a partir de Serenata está influenciada por estas orientaciones y experiencias.

–Por lo visto, ya no queda un premio de novela en la isla que no hayas conquistado, ¿cómo te las arreglas?

–Todavía quedan el Premio Internacional de Novela León Jimenes, organizado por Casa de Teatro; y el Premio de Novela Corta, organizado por Editora Cole. ¿Qué te parece si tú y yo le entramos a los dos?